

quiché, Xibalbá, existía un árbol estéril que nunca dio ni flores ni frutos, parecía muerto. En él colocaron las calaveras de la primera pareja de los gemelos derrotados por los señores de la muerte. Las calaveras se transformaron en frutos, jícaras, cuya saliva impregnaron a la virgen Ixquic y ella dio a luz a la segunda pareja de gemelos mágicos que derrotaron a los señores de la muerte:

En seguida los sacrificaron y los enterraron en el Pucbal Chah, así llamado. Antes de enterrarlos le cortaron la cabeza a Hun-Hunahpú y enterraron al hermano mayor junto con el hermano menor. “Llevad la cabeza y ponedla en aquel árbol que está sembrado en el camino”, dijeron Hun-Camé y Vucub-Camé. Y habiendo ido a poner la cabeza en el árbol, al punto se cubrió de frutas este árbol que jamás había fructificado antes de que pusieran entre sus ramas la cabeza de Hun-Hunahpú. Y a esta jícara la llamamos hoy la cabeza de Hun-Hunahpú, que así se dice. Con admiración contemplaban Hun-Camé y Vucub-Camé el fruto del árbol. El fruto redondo estaba en todas partes, pero no se distinguía la cabeza de Hun-Hunahpú; era un fruto igual a los demás frutos del jícara. Así aparecía ante todos los de Xibalbá cuando llegaban a verla. A juicio de aquellos, la naturaleza de este árbol era maravillosa, por lo que había sucedido en un instante cuando pusieron entre sus ramas la cabeza de Hun-Hunahpú [...] La cabeza de Hun-Hunahpú no volvió a aparecer, porque se había vuelto la misma cosa que el fruto del árbol que se llama jícara (1953: 124-125).